

6. Jorge Hernández Martínez *

El populismo en los Estados Unidos: Historia y contemporaneidad

ABSTRACT

El ensayo analiza las particularidades del populismo como fenómeno político, ideológico y cultural en la historia y en la contemporaneidad de la sociedad norteamericana. Se examina su surgimiento y desarrollo en el contexto del capitalismo en los Estados Unidos, focalizando la situación durante el período de gobierno de Donald Trump.

Palabras clave: Populismo, ideología, conservadurismo, capitalismo, Estados Unidos.

The essay analyzes the peculiarities of populism as a political, ideological and cultural phenomenon in the history and contemporaneity of North American society. Its emergence and development in the context of capitalism in the United

States is examined, focusing on the situation during the period of Donald Trump's government.

Key Words: Populism, ideology, conservatism, capitalism, United States

Pronto habrán transcurrido cuatro años desde el triunfo electoral de Donald Trump en las elecciones realizadas en los Estados Unidos en 2016, y se definirá su permanencia o abandono de la presidencia de esa nación. Mucho se ha hablado y escrito acerca de que su período de gobierno expresa el auge del movimiento conservador, de las corrientes de extrema derecha, y de modo específico, de tendencias populistas, como reacciones de desencanto, rechazo y ajuste de cuentas con la política de la doble Administración Obama y ante todo lo que simbolizara lo antinorteamericano¹. La ofensiva ideológica que cuestiona desde los años de 1980, bajo la llamada Revolución Conservadora, con Reagan, a la tradición política liberal y a las prácticas de gobiernos demócratas, añadiría durante los mandatos de Obama el disgusto de sectores de la clase media blanca, protestante, afectada desde el punto de vista socioeconómico, cuyos resentimientos se enfocaban no sólo contra aquél gobierno, sino contra la figura presidencial en el plano personal - un hombre de piel negra, de ascendencia

* Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana (Cuba).
E-Mail: jhernand@cehseu.uh.cu

¹ Véase Henry Olsen, "Populism, American Style", *National Affairs*, Summer, 2020, <https://www.nationalaffairs.com/publications/detail/populism-american-style>

africana -, con beligerantes expresiones de racismo y xenofobia que había anticipado el *Tea Party* y que Trump retomaría con fuerza, añadiendo una estridente nota de intolerancia étnica, misoginia, machismo, homofobia y sentimientos antiinmigrantes, con un discurso patrioter que decía defender a los “olvidados”, como parte del pueblo auténticamente norteamericano².

Las posiciones de Trump han apelado a una conjugación de miedo y rechazo a todo lo que supuestamente amenaza la supremacía blanca en esa sociedad, incluyendo a los cuantiosos latinoamericanos indocumentados, a los que promete una deportación masiva, y a los árabes, declarando una especie de cruzada contra el mundo musulmán. Trump ha dejado claro quiénes son las personas de segunda categoría o *non-gratas* en esa sociedad, atendiendo a su pertenencia étnica, condición racial, idioma, procedencia geográfica, afiliación religiosa, ideología política, identidad cultural. Sobre todo, por el hecho de que rivalizan con los “auténticos” norteamericanos (blancos, anglosajones, trabajadores, disciplinados, individualistas, protestantes) ante áreas como el empleo, a los que, según afirma el discurso de Trump, les están robando el país y su cultura. La prometida expulsión de más de doce millones de inmigrantes, por ejemplo, atrajo el voto de una población temerosa del diferente, del otro, es decir, al que se criminaliza por su origen étnico, nacional,

racial. La victoria de Trump, que movilizó el voto nacionalista, de clase media y obrero blanco, refuerza a los grupos sociales y clasistas que “alertan” del presunto, manipulado, declive de la raza blanca en el país y combaten la inmigración. Así, el Partido Nazi Estadounidense (*American Nazi Party*), el Ku Klux Klan y otras voces destacadas de la derecha más radical, como la Asociación Nacional del Rifle y la Sociedad John Birch, celebraron el éxito del republicano, se sintieron reconocidos en su agenda, y confiaron en poder influir en la Casa Blanca.

La sociedad estadounidense tradicionalmente ha sido muy conservadora, y bajo la influencia de la “era Reagan”, vive un auge de esa orientación ideológica. La “era Trump” recibe, junto a otras etiquetas como la de conservadurismo y extremismo derechista, la de populismo. Quizás sea oportuno reflexionar sobre los antecedentes, bases y expresiones ideológicas de esta última tendencia.

Como sucede con otros términos en las ciencias sociales, populismo es un vocablo en extremo polisémico³. Las definiciones que aparecen en la literatura especializada, en ocasiones, son imprecisas y su utilización en los medios de comunicación es difusa y, como norma, peyorativa, al punto que la palabra llega a perder su connotación conceptual, convirtiéndose en una forma de denigrar o descalificar al adversario⁴. Sin

² Max Paul Friedman, *Rethinking Anti-Americanism. The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*, Cambridge University Press, New York, 2012.

³ Jorge Hernández Martínez, “Estados Unidos y el antiinorteamericanismo: identidad cultural y seguridad

nacional”, en Marco. A Gandásegui, hijo (Coordinador), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO/Siglo XXI Editores, México, 2017.

⁴ Guy Hermet, “El Populismo como concepto”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1,

que tenga lugar un desplazamiento de sentido, en muchos discursos, la palabra populista podría sustituirse por demagogo, manipulador, paternalista, asistencialista, clientelista, nacionalista, patrioter, xenófobo y hasta irresponsable. Tales características han sido muy notorias, e intensas, desde los últimos años del pasado siglo e inicios del actual, a partir del proceso emancipador, progresista y en ciertos casos, revolucionario, que se vive en varios países latinoamericanos⁵. En fechas más recientes, algunos procesos en Europa y, sobre todo, los que se han desplegado en los Estados Unidos, con Trump, le confieren una atención renovada al fenómeno populista.

Una aproximación general al fenómeno populista

Como etiqueta política y mediática, sin embargo, el populismo se le ha endilgado indistintamente, desde tiempos lejanos, a gobiernos y líderes carismáticos de disímiles orientaciones ideológicas, de izquierda y de derecha. Desde Adolfo Hitler, Charles de Gaulle, Juan Domingo Perón, Getulio Vargas, Lázaro Cárdenas, Fidel Castro, hasta Hugo Chávez y Evo Morales. Desde el punto de vista de su manifestación histórica, el populismo se ha asociado conceptualmente, incluso, en determinadas situaciones, al de bonapartismo, con el sentido que Marx lo utilizara en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, al hacer referencia al papel de

intermediario, bisagra o árbitro, que tienen los gobiernos considerados populistas entre las clases y entre los conflictos de intereses clasistas, como los del ámbito agropecuario, el industrial emergente, la clase obrera, el campesinado, los sectores populares o los marginales⁶. Y es muy frecuente atribuirle al populismo, dado ese rasgo, una connotación pluri-clasista, unida al rol mediador de una figura carismática, con matizaciones singulares y diversas, como las que en América Latina distinguieron a los caudillismos clásicos, diferentes a los de otras latitudes.

En esta visión panorámica, en la actualidad se ha llamado también populista al *Tea Party* y a Donald Trump. Desde esta perspectiva, sería populista, por extensión, todo «liderazgo carismático» que, con independencia, al margen de o en contra de las instituciones, el «aparato», el establishment, en el caso norteamericano--e incluso, la Constitución--, intente establecer una conexión directa con el pueblo en contraposición a «las élites» (la «oligarquía», la «casta»), con apelaciones discursivas a la patria, la nación, la identidad colectiva, el pasado heroico, la recuperación de la soberanía, el restablecimiento del honor nacional, los enemigos internos y externos, la ética y los valores; fomenta la movilización de las masas y ponga en práctica o aparente poner en práctica políticas «irresponsables» en beneficio popular, orientadas a gratificar a los marginados, cubrir «carencias

Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2003.

⁵ Peter H. Smith, “Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective”, in *Foreign Affairs*

No. 84, Vol. 5, January, Council on Foreign Relations, New York, 2005.

⁶ Carlos Marx, “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas en Tres Tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, Tomo I.

republicanas», «vacíos institucionales», «deudas sociales». Populismo sería el movimiento político que se desarrolla en torno a estos líderes, este discurso, estas estrategias y esta práctica social.

En tales casos, el término en cuestión se vacía de contenido concreto, se convierte en una cáscara en cuyo interior apenas queda un estilo de gobernar, y tiende a oscurecer, más que a esclarecer, la especificidad histórica de lo que con él se quiere designar. Los términos en boga «populismo de derechas» y «populismo de izquierdas», acentúan la indeterminación. Así, en círculos académicos y políticos, sobre todo --pero no solo-- de América Latina y de España, tuvo amplia repercusión el libro de Ernesto Laclau *La razón populista*, escrito desde una perspectiva denominada «posmarxista», que confiere una envoltura conceptual a esta indeterminación: en sus páginas, mediante una abstracción formal, el populismo no se presenta como una ideología ni como una corriente política (no es de izquierda ni de derecha, conservador ni liberal, socialista ni capitalista), sino como una «ruptura con los cauces institucionales» cuando estos obstruyen las demandas colectivas y el pueblo se ve compelido a afirmar su voluntad frente al orden existente y logra conquistar la hegemonía⁷.

Convendría apelar al conocimiento histórico, a fin de arrojar, siquiera con brevedad, una luz general sobre este

amontonamiento de representaciones y hechos confusos.

De populismo en Rusia se puede hablar con propiedad a partir de mediados del siglo XIX⁸. Entre 1850 y 1870, el populismo se presentó en un primer momento como un movimiento político muy radical en términos discursivos, conceptuales. Nació influido por la filosofía clásica alemana, e incluso, por el marxismo, e incorporó importantes elementos de la herencia socialista. Entre sus figuras clave se cuentan varios de los más destacados pensadores rusos del siglo XIX, como Alexander Herzen, Vissarion Belinski y Nikolai Chernichevski. Se trataba de un movimiento meramente intelectual, empeñado en representar los intereses de la mayoría del pueblo ruso, los siervos o semisiervos de la gleba (la abolición formal de la servidumbre en Rusia no tendría lugar sino en 1861), y de crear conciencia en relación con la amenaza que, desde su punto de vista, representaba para Rusia el incipiente desarrollo del capitalismo, al que oponían una visión idealizada de la comuna tradicional, a partir de la cual los populistas consideraban posible transitar directamente hacia una sociedad socialista.

En un segundo momento, el acento se desplaza desde las consideraciones teóricas abstractas al plano de la acción política concreta, como norma, de carácter violento. Las organizaciones terroristas que entonces surgieron se vieron sometidas a una fuerte

148 ⁷ Ernesto Laclau, *La razón populista*, fondo de Cultura Económica, México, 2005.

⁸ El análisis que sigue se beneficia de las ideas desarrolladas por Rubén Zardoya Loureda. Véase el

debate “Populismo, movimientos sociales y retórica de la descalificación”, en *Cuba Socialista*, (Revista teórica y política del CCPCC), La Habana, No. 4, enero-abril, La Habana, 2017.

represión por la policía secreta zarista, lo cual las obligó a desarrollar en la clandestinidad métodos conspirativos relativamente sofisticados. Entre estas organizaciones destacaron Voluntad Popular, que luego de varios intentos frustrados, llegó a ajusticiar al zar Alejandro II en 1881. Se trataba de un movimiento de intelectuales que trataba de penetrar y enraizarse en el campesinado. Era un movimiento proyectado «de arriba abajo», desde la intelectualidad y las capas medias urbanas al campesinado.

Por último, en un tercer momento, el populismo ruso se ve claramente permeado por las ideas del liberalismo burgués. Es la época del desarrollo del capitalismo en Rusia. En esta época el desarrollo capitalista allí era ya indetenible y los populistas, intencionalmente o no, adaptaban su doctrina a esta realidad incontestable, la liberalizaban, devenían en pacifistas consumados y algunos de ellos hasta se proponían convencer al zar de la necesidad de frenar el desarrollo capitalista que, según decían, iba en contra de la cultura y las tradiciones rusas. Incluso, donde se organizó con finalidades políticas prácticas, el populismo ruso no pasó de ser un movimiento de intelectuales. La idea de la singularidad histórica de Rusia, entendida como cultura oriental--en su diferencia de principio con respecto al llamado mundo occidental--, asentada, ante todo, en la noción de cierto «espíritu comunal» arraigado en el campesinado del país, constituye su expresión ideológica acabada.

Sin embargo, su sentido histórico más profundo es la oposición al capitalismo en una época en que este había comenzado a establecerse como una fuerza económica y política hostil a las clases y grupos sociales llamadas tradicionales, en particular, al campesinado, en el que los populistas veían la fuerza decisiva de la transformación socialista. El desarrollo ulterior del capitalismo en Rusia, su conversión en el modo de producción dominante en la diversidad de tipos de economía entonces existente, marca el declive del populismo, su desplazamiento progresivo por el socialismo marxista. Ya en *¿Qué hacer?*, Lenin habla en pasado de esta corriente política, pese a que, por entonces, asomaban formas de pensamiento que luego se llamarían neopopulistas y que la historia mostraría como anacrónicas⁹.

En sus formas primarias, el populismo constituye una reacción enérgica contra la acción devastadora del capitalismo sobre las formas tradicionales de vida. En América Latina tuvo lugar en los decenios de 1930 y 40 un proceso con semejante carácter, que se ha representado a través del peronismo, el varguismo, el ibañismo y el cardenismo en las experiencias respectivas de Argentina, Brasil, Chile y México, donde se desarrolló un nacionalismo burgués de contenido reformista cuyo tinte populista era específico de las condiciones históricas latinoamericanas, o sea, sin relación alguna con otros fenómenos sociales identificados con igual nombre, como el populismo norteamericano del siglo XIX, el populismo

⁹ V. I. Lenin, “¿Qué hacer?”, en V.I. Lenin, *Obras Escogidas en Tres Tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1961, Tomo 1.

ruso, algunos movimientos políticos de Europa Oriental de ese mismo siglo y los también llamados populismos africanos y asiáticos del siglo XX. Se trataba de procesos que contaban con una amplia y diversa base de masas, hegemonizados por la burguesía, pero con participación de la clase media urbana, sectores obreros, de servicios y marginales, liderados por figuras carismáticas, que aparecían en la superficie política como árbitros neutrales y multicomprendidos en el interior de la alianza clasista. La ideología burguesa, en esos movimientos nacional-populistas, se representaba por medio de un lenguaje reformador del sistema, en ocasiones cual tercera opción frente a la alternativa capitalismo o socialismo. Le era consustancial el eclecticismo, la incoherencia y la ausencia de estructuración de sus enunciados ideológicos, a pesar del esfuerzo que hicieron algunas organizaciones para articular una doctrina propia. Los conflictos de intereses con los capitales extranjeros y las políticas económicas de los Estados imperialistas, en particular el norteamericano, generaron un rasgo general nacionalista.

También en los Estados Unidos, el populismo nace con un discurso anticapitalista, con elementos de socialismo utópico, y constituye una expresión de la situación objetiva de los productores agrícolas independientes --en particular, de las masas empobrecidas-- que, hasta el último cuarto del siglo XIX, constituían la clase social mayoritaria del pueblo norteamericano. Solo que, a diferencia de lo ocurrido en el imperio de los zares, donde el populismo fue una corriente eminentemente

intelectual, en los Estados Unidos surgió como un movimiento de agricultores, en un momento en que, finalizada la guerra civil, el capitalismo en el país recibe un renovado impulso, comienzan a formarse monopolios en las principales ramas de la producción, y el imperialismo (en sentido moderno) empieza a perfilar sus rasgos clásicos.

El populismo en los Estados Unidos: aproximación histórica

En la sociedad norteamericana, el populismo constituye un fenómeno esencialmente ideológico instalado en la cultura política y, se podría decir, en determinados niveles de la cultura nacional. Desde el punto de vista institucional, cobra cuerpo en determinados agrupamientos formales de la sociedad civil, en partidos políticos y en agrupamientos o facciones en el interior de estos.

Por supuesto, al calificarlo como un fenómeno esencialmente ideológico, no se descartan sus connotaciones políticas, sobre todo porque el populismo que surge en el siglo XIX se cuestionaba toda concentración de poder, lo mismo la autoridad del gobierno que el papel de la banca y la actividad ferrocarrilera; apelaba a la violencia verbal - con expresiones de violencia física- ; y en algunos casos, en las postrimerías del siglo XIX e inicios del XX, en el plano de la política se funde con expresiones de la derecha radical. Por eso, al ponerle el apellido norteamericano al populismo, es preciso consignar que se trata, en esencia, de un populismo conservador.

El desarrollo del populismo en los Estados Unidos tiene lugar de modo casi simultáneo con el populismo ruso, aunque en rigor, sus antecedentes ideológicos son incluso algo anteriores. Desde el punto de vista político-partidista, el momento descollante en su evolución se ubica en el último decenio del siglo XIX, en pleno proceso de tránsito del capitalismo pre-monopolista a la fase imperialista en ese país. En el marco de las elecciones presidenciales, surge el *People's Party* con una visión populista, como exponente de los intereses y aspiraciones de sectores rurales (equivalentes al campesinado, si bien en los Estados Unidos se les suele llamar granjeros), que hasta esa fecha se agrupaban en organizaciones agrícolas. Aunque tenía proyecciones limitadas y clamaba por una ampliación de la democracia y la participación popular, ese partido reclamaba una reforma política que incluía la reducción de la jornada laboral, se oponía a la expansión de las grandes corporaciones industriales, sobre todo de las compañías de ferrocarriles, teléfonos y telégrafos, toda vez que chocaban con sus intereses, propiedades y tradiciones. Desde esta época, el significado del populismo norteamericano está unido a un sentimiento anti-estatal o anti-gubernamental, que se manifiesta con beligerancia o agresividad y se inserta establemente en el imaginario popular y la cultura estadounidenses.

En la historia de los Estados Unidos, la orientación populista aparece, valga la reiteración, en el marco del desarrollo del

capitalismo de libre competencia, en un período algo anterior a la Guerra Civil, aunque luego gane cuerpo en la fase monopólica de este capitalismo. Se trataba, a la par, de una reacción defensiva de un modo de producción o de una clase social en proceso de desaparición, es decir, de un esfuerzo nostálgico por restaurar el pasado (un viejo orden, más añorado o soñado que real); y también de un intento de construir algo hacia adelante, de un deseo de transformación y, por tanto, de creación de un nuevo orden de cosas¹⁰.

Antes de la mencionada guerra, uno de los movimientos que aunó ambos impulsos fue el de los *Know-Nothings*, cuya denominación no tenía que ver con ningún tipo de anti-intelectualismo, sino con el hecho de que sus miembros llevaban a cabo sus actividades de modo clandestino, y cuando alguien les preguntaba algo, tenían instrucciones de responder: «I knownothing».

Durante las décadas de 1840 y 1850, estuvo presente en gran parte del país, tanto en el norte como en el sur. Ese movimiento se oponía a la inmigración católica irlandesa y alemana y se pronunciaba en contra de la presencia de trabajadores inmigrantes chinos y latinoamericanos en California. De modo que era un antecedente significativo en la articulación de xenofobia, discriminación e intolerancia, ante lo que se consideraba como «amenaza» a la identidad cultural, étnica, racial, de la nación. El ulterior surgimiento del Ku-Klux-Klan al

¹⁰ En el análisis histórico sobre la articulación y evolución del populismo en los Estados Unidos se atendió a los criterios y datos ofrecidos por Jesús Velasco Márquez y Silvia Núñez García, en sus artículos

respectivos, referidos a la historia norteamericana y a la cultura política, ambos en Rafael Fernández de Castro y Hazel Blackmore (coord.), *¿Qué es Estados Unidos?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

terminar la guerra civil, como expresión del resentimiento contra la eliminación de la esclavitud, remite de alguna manera a tales concepciones.

Es importante retener las consecuencias de esa guerra como acontecimiento que transforma a la sociedad norteamericana en su conjunto, tanto en el plano económico como socioclasista, político-ideológico y cultural, al estimular la industrialización, las comunicaciones, la inmigración, en fin, el desarrollo del capitalismo.

En ese sentido, marcó también el desarrollo de los partidos y movimientos sociales en los años de la posguerra, durante la llamada Reconstrucción y más allá. Como trasfondo, por ejemplo, el bipartidismo tradicional se consolida en la medida en que el Partido Demócrata resurge con un claro control de los estados sureños, mientras que el Republicano controla el Norte. A la vez, se profundiza la tendencia populista a la que hacíamos referencia.

El surgimiento de un nuevo o tercer partido conformado por granjeros estuvo directamente vinculado a los cambios socioeconómicos aludidos.

Los granjeros comenzaron a organizarse a mediados de la década de 1860 en respuesta a los problemas que enfrentaban, especialmente, con los precios de sus productos. El gran crecimiento de la agricultura a nivel mundial había provocado la caída de los precios y, por ende, de los ingresos de los agricultores, quienes tenían también problemas con los bancos por los altos intereses que pagaban por los préstamos e hipotecas de sus fincas.

La dependencia con respecto a los ferrocarriles era otro serio problema que enfrentaban los agricultores, dado que la única forma rentable que tenían para enviar sus productos a los mercados era través de los trenes y las compañías ferrocarrileras se aprovechaban de esto, cobrándoles tarifas abusivas. Por ello, la reacción populista constituía un modo de defender una forma, un sistema de vida, puesto en peligro por el capitalismo ascendente.

La primera organización nacional de agricultores fue fundada en 1867 en la zona del medio oeste y fue conocida como los *Patrons of Husbandry*, y también como *The Grange*.

Esta organización creció rápidamente entre los agricultores de las grandes planicies, al oeste y al sur del río Misisipi, afectados todos sus miembros por el descenso de los precios de sus productos. *The Grange* concentró sus ataques contra los bancos, los ferrocarriles y los productores de maquinaria agrícola. A los bancos les acusaba de cobrar intereses demasiado altos por sus préstamos; y a los fabricantes de maquinaria, de abusar de los agricultores vendiendo sus productos a precios más altos en los Estados Unidos que en Europa. A las compañías ferrocarrileras las acusaba por sobornar a legisladores estatales para cobrarles a los granjeros tarifas discriminatorias, ya que cobraban más caro por transportar productos agrícolas en rutas cortas que en las largas.

En la década de 1870, la economía estadounidense entró en una crisis que afectó severamente a los agricultores. Y es ahí donde éstos desarrollaron una

conciencia política, que buscaba no sólo defender sus intereses, sino también crear un nuevo tipo de entorno social, que promoviera formas de cooperación. El movimiento denominado *Greenback* aparece así a finales de ese decenio, y es otro de los precursores del populismo, con una plataforma semejante a la anterior.

Es ese el camino que conduce a la necesidad de crear un partido nacional para defender sus intereses e iniciar una especie de renovación nacional. El programa del nuevo partido, el ya nombrado *People's Party*, el cual nace en 1892, era muy ambicioso, ya que proponía la nacionalización de la banca, los ferrocarriles y los telégrafos, la prohibición de latifundios de propiedad absentista, la elección directa de los senadores federales, la creación de un impuesto gradual a los ingresos, el establecimiento de la jornada laboral de ocho horas y la restricción de la inmigración.

Los populistas, como fueron llamados los seguidores de este nuevo partido, querían que el gobierno federal construyera almacenes donde pudieran ser depositadas las cosechas y que concediera préstamos a los agricultores a muy bajo interés, de modo que pudieran sobrevivir mientras esperaban mejores precios.

Los populistas participaron en las elecciones de 1892, en las que el *People's Party* obtuvo victorias en algunos estados, como Idaho, Nevada, Kansas y Dakota del Norte; y ganaron en presencia nacional, al elegir varios gobernadores, representantes y senadores.

Su candidato a la presidencia, James B. Weaver, procedía del movimiento Greenback.

Aunque efímero en su vida y limitado en sus alcances, más bien pujante en áreas rurales, en el sur y el medio-oeste, con poca fuerza en los centros urbanos y en los territorios del este, el populismo evidenció la potencialidad ideológica de su retórica movilizadora o capacidad de convocatoria a través del *People's Party*. Sin embargo, en las siguientes elecciones, las de 1896, los populistas se aliaron con el Partido Demócrata, decreciendo desde entonces su soporte electoral, un declive que los llevaría a su desaparición a principios del siglo XX. Esa situación es relevante debido a que los populistas fueron el único desafío considerable al sistema bipartidista en las décadas finales del siglo XIX.

Entre los rasgos esenciales que caracterizan el populismo norteamericano está la sensación de amenaza o peligro ante la presencia de elementos supuestamente nocivos, extraños: los inmigrantes que «fracturan» la tradición cultural y la identidad nacional. La identidad que defienden es la del «pueblo» (definido en una forma muy confusa y difusa), la del hombre común, aquel que está alejado de la aristocracia, de la burguesía, y porta los valores básicos de la cultura norteamericana: el individualismo, la autodeterminación; el compromiso ideológico y ético con el puritanismo religioso protestante —anclado en el más rancio tradicionalismo y conservadurismo social y cultural que trajeron consigo los padres peregrinos—; y la idea de la

superioridad racial, estrechamente relacionada con la configuración de la estructura socioclasista de los Estados Unidos y con el papel del blanco-anglosajón-protestante de clase media (el *wasp*).

Otro rasgo que caracteriza al populismo estadounidense es la creencia en la legitimidad del uso de la fuerza —tanto en el plano discursivo como en el físico— contra todo lo que experimentan como amenaza para los intereses de la comunidad *wasp* en un mundo esencialmente rural. A esto se añade el afán por restaurar un orden anterior que creen perdido. En este sentido, sus prácticas tienen una orientación antielitista, se focalizan en el gobierno, al que consideran fuente de los problemas, en el funcionariado que promueve las políticas y las prácticas que los agreden, en particular, la industrialización, el desarrollo capitalista.

También puede agregarse otro elemento importante, el nativismo, una noción peculiar del ser norteamericano, asociada al racismo y la xenofobia y, en el plano religioso, al anticatolicismo y el antisemitismo. Ese elemento estaba presente desde los *Know-Nothing*, que atentaban contra los conventos católicos, con actos que podríamos llamar «terroristas de derecha», tales como disparar sobre las personas y colocar bombas. Un rasgo acompañante del populismo que trasciende a los siglos XX y XXI, es la creencia en la existencia de una conspiración permanente contra la esencia y la identidad de la nación estadounidense.

expresiones tempranas de populismo, de los años de 1830 y 40, se pasa a las que surgen después de 1860, con un racismo, enfoque anti-inmigrante, xenofobia e intolerancia recargados. Su pretensión era la restablecer «lo que el viento se llevó» en los estados sureños, opuestos a la extensión del capitalismo industrial.

Quizás lo más relevante en este apretado panorama sea que durante la segunda mitad del siglo XIX, el populismo en la sociedad norteamericana iría ganando en coherencia ideológica y hasta en cierta institucionalidad, al ir transitando de los *Know-Nothing*, al Ku-Klux-Klan, al *Greenback* y al *People's Party*. Lo que antes no pasaba de ser un movimiento social se va convirtiendo así, gradualmente, en un partido político, cuya meta era llegar al gobierno. Se trataba de una fuerza clasista de granjeros o agricultores pobres, de ideas progresistas, antielitistas. Y es aquí que se empieza a utilizar la etiqueta de populismo (a las expresiones anteriores no se les identificaba con esos términos), que adquiere carta de ciudadanía en los años de 1950, en la sociedad que emerge tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el macartismo --ese movimiento intolerante dirigido contra toda afiliación a ideas progresistas radicales y que impulsó la llamada «cacería de brujas» - gana presencia en los Estados Unidos.

En ese marco, a través del sociólogo norteamericano, Edward Shils, se introduce en la academia el concepto de populismo. A partir de entonces, el vocablo se utiliza para hacer referencia, no a un tipo de movimiento u organización como tal, sino a una ideología que puede encontrarse tanto en contextos

rurales como urbanos y en sociedades de todo tipo. Para Shils, el populismo es una ideología de resentimiento contra un orden social impuesto por alguna clase dirigente de antigua data de la que se supone que posee el monopolio del poder, la propiedad, el abolengo o la cultura. Es decir, es un fenómeno de múltiples caras, y multclasista¹¹.

Una mirada al populismo norteamericano actual

De lo expuesto, conviene clarificar que la naturaleza social de las primeras expresiones de populismo en la época inicial de la formación de los Estados Unidos como nación, en que su propia identidad no había cristalizado, si bien poseen algunos rasgos comunes con las manifestaciones actuales, era distinta, al encontrarse entonces el país en una etapa ascendente en el desarrollo del capitalismo. Ahora, los rasgos del populismo se corresponden con una declinación relativa del poderío imperialista, de la hegemonía norteamericana, con un elevado grado de contradicciones internas, sociales, políticas y económicas.

Cuando se utiliza hoy el término populismo al examinar la realidad de los Estados Unidos, como también la de algunos países europeos, se designan diversas manifestaciones de nacionalismo chauvinista, conservador, reaccionario, de

derecha radical. En países que se encuentran en una etapa madura del capitalismo y han sufrido las consecuencias de la globalización neoliberal, el resurgir del nacionalismo se vincula a la pérdida de empleo asociada a la desindustrialización y la automatización o robótica, al rechazo a la inmigración, a la desconfianza en las élites políticas que «sirven a sus propios intereses» y a sus instituciones y partidos, así como al empleo creciente de las redes sociales a través de Internet¹².

Por otra parte, con independencia de su radicalidad, todos los procesos revolucionarios, incluso progresistas, han sido tildados de «populistas» cuando tienen gobiernos que se ponen en función del pueblo, con una proyección política clasista en defensa de los intereses de las mayorías explotadas y oprimidas. Enturbia mucho la mirada el hecho de que se denomine con el mismo rótulo a un gobierno de izquierda, revolucionario o progresista en América Latina y al que encabeza Donald Trump --fiel servidor de la oligarquía financiera, de la cual forma parte-- en los Estados Unidos, por la simple razón de que pretende erigirse en representante directo del pueblo y retar las estructuras tradicionales de funcionamiento del sistema político.

En particular, es preciso insistir en que no se debe ubicar en el mismo apartado a los países del centro capitalista desarrollado e imperialista y a los de América Latina, cuya situación es muy diferente, por sus

¹¹ Edward Shils, *The Torment of Secrecy*, The Free Press, New York, 1956.

¹² El análisis que sigue se apoya en las ideas expuestas por Luis René Fernández Tabío y por Jorge Hernández Martínez, ambos en el debate “Populismo, movimientos

sociales y retórica de la descalificación”, en *Cuba Socialista*, (Revista teórica y política del CCPCC), La Habana, No. 4, enero-abril, La Habana, 2017.

estructuras económicas subdesarrolladas y dependientes dentro del sistema de dominación imperialista internacional.

El criterio decisivo para distinguir unos procesos de otros es la orientación política y clasista: qué intereses representan y defienden cada uno de ellos. Por ejemplo, en Europa se manifiesta en la actualidad una tendencia al ascenso del apoyo popular a partidos nacionalistas de derecha, incluso algunos con antecedentes fascistas. Ello habría parecido improbable e insólito hace algunos años, si se toma en consideración la fuerza que en estos países habían alcanzado los partidos socialdemócratas, e incluso, los llamados socialistas europeos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y la derrota del fascismo.

Es importante caracterizar el momento histórico actual, la situación concreta de los Estados Unidos, a diferencia de otros países. Por su tamaño y posición hegemónica como principal centro financiero del capitalismo, aunque evidencie una declinación relativa, todo lo que pasa en los Estados Unidos trasciende directa o indirectamente al resto del mundo.

En la Administración Trump se observa, en cierto sentido, un interés por romper con las elites políticas tradicionales, sus partidos, andamiajes institucionales y otros componentes del sistema estadounidense. Ello, sin embargo, se hace con la pretensión de ajustar las tendencias políticas dominantes mediante una centralización del poder en su figura, apelando a una supuesta posición de liderazgo lograda mediante la mentira y la manipulación mediática. El

trasfondo ideológico de todo esto es la visión de la democracia entendida como representación del pueblo, pero la realidad nos muestra algo muy distinto: el propósito de reacomodar las tendencias políticas a favor de un nacionalismo de derecha.

Trump trata de asumir un liderazgo otorgado por un supuesto mandato derivado de su triunfo en las elecciones --a pesar de haber perdido el voto popular frente a Hillary Clinton por abultado margen--, con lo cual falsifica, como se sabe, el sentido de la democracia.

Cabe preguntarnos si estas manifestaciones de nacionalismo de derecha y conservador, con una pretendida representación del pueblo, desafiando estructuras y mecanismos del sistema político, constituyen en realidad lo que pregonan, o son más bien un simulacro que busca realizar ajustes a la tendencia de la globalización neoliberal, para servir mejor a los Estados Unidos, su economía y su sociedad en las condiciones actuales de su declinación.

Se ha dicho que Trump ha sido un elemento externo al sistema político y que no tiene nada que ver con este. Eso no es cierto desde una perspectiva clasista. Baste reparar, por una parte - insístase en ello- , en que es un notable representante de la clase dominante en los Estados Unidos, de su oligarquía financiera; y por otra, en sus vínculos efectivos con el sistema político, su participación en todas las instituciones de la clase política, e incluso, sus aportes financieros a las campañas electorales. Esto es así, con independencia de que Trump no

haya ocupado con anterioridad ningún cargo en las estructuras del gobierno.

Las expresiones de populismo que pueden encontrarse en Trump se manifiestan en un periodo de declinación del imperialismo estadounidense, de su poder económico relativo, proceso que diferentes especialistas consideran dio inicio a finales de la década de 1960 y 70, pero que sin discusión se inicia con la Revolución Conservadora en 1980. Lo nuevo consiste en que, en el momento actual, cuarenta años después, se evidencian síntomas de agotamiento del ciclo iniciado por aquél proceso y la globalización neoliberal. Y pareciera, cuando menos, el comienzo de una nueva etapa o ciclo del imperialismo, de una tendencia de reacomodo, en que el populismo (entendido cual nacionalismo conservador de derecha) modula o somete a revisión determinados aspectos que habían caracterizado a la referida globalización.

Por un lado, Trump trata de distanciarse de la institucionalidad del sistema, en tanto que, por otra, juega con algunos elementos de populismo, manifestando una ruptura con el sistema establecido. En su actuación se manifiesta un momento de transgresión, un reto a los mecanismos tradicionales, no solamente a los partidos y al gobierno, sino también a los medios que habían dominado el sistema de comunicación, centrado en la televisión y la prensa escrita tradicional, que quedaron a la zaga, e incluso descalificados como suministradores de «noticias falsas».

En este punto se presenta otro rasgo de populismo, apoyado en el avance de las nuevas tecnologías: el uso de las redes

sociales, la comunicación a través de los tuits, no solo con el segmento del pueblo que lo sigue, sino también con el resto de la sociedad y con el mundo. Todos los días amanece un nuevo mensaje con sus posiciones. Es conocido su rechazo a los medios tradicionales - como CNN, MSNBC e, incluso por momentos, hasta Fox News, que habitualmente le respalda-, pero la estrategia de Trump no persigue desplazarlos, sino subordinarlos, logrando que comenten sus propios mensajes y los hagan objeto de máxima atención, lo mismo en sentido positivo que negativo, con lo que consigue atraer el interés de quienes son sus seguidores y simpatizantes y de quienes no lo son, de una forma muy directa y a través de todos los canales existentes. Asimismo, en cierto modo se incorpora y se obtiene el apoyo de los periodistas de la «derecha alternativa», representada por personajes como Alex Jones de Infowars.com, Breitbart.com y WND.com, entre los principales, que buscan captar a millones de votantes de la generación de los llamados *millennials*.

Por otra parte, Trump se ha proyectado contra la tendencia de la globalización, aunque como se trata de un proceso de naturaleza objetiva, no la pueda revertir totalmente; y probablemente ese no sea su objetivo real, sino ajustarla, renegociarla, en atención a las condiciones actuales de los Estados Unidos, ponderando sus fortalezas y debilidades.

En ese contexto, el populismo de Trump debe entenderse como un instrumento para llevar a cabo una transformación que no se aparta de la defensa de los intereses y los

lineamientos esenciales de la clase dominante estadounidense, sino que busca otro modo de llevarlos a la práctica. En este caso, definiríamos el populismo como una ruptura coyuntural con el *establishment*, como un medio para realizar los cambios, mediante una apelación retórica, no real, al pueblo.

En su primer discurso del estado de la Unión, fueron notables las referencias que hizo al pueblo. Por ejemplo: «por mucho tiempo un pequeño grupo se ha beneficiado del gobierno, mientras el pueblo ha soportado el costo». Sin embargo, tal afirmación esconde la realidad de que la política enunciada e impulsada por Donald Trump no representa los intereses del pueblo de los Estados Unidos, sino de su clase dominante y del segmento de la sociedad que simboliza la identidad nacional y los valores que desea mantener.

Consideraciones finales

Si se revisa la historia contemporánea, se aprecia que la mayoría, cuando no la totalidad, de los políticos, apelan de una u otra manera al pueblo. Ese es el sostén de la retórica de cualquier política que se desenvuelva dentro de reglas democráticas, con procesos de sufragio, pues es el pueblo el que aporta los votos. Desde ese punto de vista, calificar a un sujeto político como populista por su utilización del término pueblo, o su búsqueda de apoyo popular sería un recurso analítico sumamente limitado en términos teóricos e históricos. Según se ha planteado, al analizar la vigencia y pertinencia del fenómeno populista, se

impone su contextualización histórica junto a sus especificidades por regiones e, incluso, por países. El término populista es ambiguo en sí mismo.

Si se le considera como un movimiento político, con una cosecha concreta, como se ha señalado, quizá en los Estados Unidos se pueda tomar como punto de partida el momento en que el populismo se convierte en un partido, en las elecciones de 1892 y cuando cristaliza este posicionamiento en las de 1896. Pero si se le concibe además como un fenómeno ideológico y hasta cultural, sus antecedentes lo colocan en períodos anteriores, y su persistencia les denotan no solo como contexto, sino también como parte del propio texto en la historia cultural o de las ideas en los Estados Unidos. Acúdase a los ejemplos mencionados, como los del *Ku-Klux-Klan* y los *Know-Nothing*.

Desde ese punto de vista, a la hora de acotar el populismo en la realidad estadounidense es necesario atender a una serie de elementos. Por un lado, está el esfuerzo restauracionista, desde el siglo XIX: una dirección hacia el restablecimiento o la reconstrucción, más que hacia la transformación, lo cual ha definido a las expresiones históricas anteriores y aún se mantiene, en el siglo XXI, al menos en el plano discursivo. Lo que está pasando ahora con el fenómeno Trump, está anticipado desde Obama, en el *Tea Party*. Se trata de una suerte de reedición, no de lo mismo, pero semejante, en otras circunstancias, con mucho más radicalismo y con menos corporeidad, pero en una cuerda de continuidad ideológica. El *Tea Party*

constituía, de cierta manera, un eco transmutado de la angustia de los *Know-Nothing*, un revivir la percepción de que existe un eclipse cultural. Cuándo surge el *Tea Party*, había un presidente negro. La portavoz de la Cámara de Representantes era una mujer, y un homosexual estaba al frente del Comité de Servicios Financieros del Congreso. Esto resultaba muy difícil, por no decir imposible, de asimilar a la derecha ultraconservadora y, en parte, implicaba una concepción muy peculiar del pueblo. En esencia, casi la misma que se halla en la retórica de Trump¹³.

¿De qué pueblo habla Trump? Se ha referido siempre a los «olvidados». Los trabajadores de clase media, blancos, adultos, que han perdido espacio en la sociedad norteamericana, que se vieron afectados en términos socioeconómicos y se han sentido amenazados. El populismo estadounidense, en este esfuerzo restaurador --que se expresa primero a nivel ideológico y luego en formas políticas concretas--, se define, ayer y hoy, como una reacción ante la amenaza, reacción que puede ser violenta. Se atrinchera en valores y tradiciones de la cultura norteamericana: el individualismo, la autodeterminación, el puritanismo protestante y la supremacía blanca. Todo esto debe incluirse en una definición compleja de lo que ha sido ese fenómeno histórico en el siglo XX, con expresiones en el XXI.

¹³ Rosa María Almanza Pérez, “El populismo de extrema derecha en los Estados Unidos de la era Trump: De la democracia sin rostro a la reacción identitaria”, en *ACFS (Anales de la Cátedra Francisco Suárez)*, Revista de Filosofía Jurídica y Política, Vol. 53, Universidad de Granada, Granada, 2019.

En los años de 1930, con la Gran Depresión, los esfuerzos de Roosevelt y el Nuevo Trato, surgiría un movimiento populista con vasos comunicantes muy fuertes con el fascismo, representado por el sacerdote Charles Coughlin, conocido como el reverendo radiofónico, a partir de sus programas radiales, que creó la *Union for Social Justice*, quién trataba de reivindicar la noción de amenaza e insistía en que los inmigrantes y las religiones que consideraba adversas resquebrajaban el tejido de la nación. Con posterioridad, en los años de 1960-70, apareció el movimiento que se llamó *New Nativism*, liderado por George Wallace, con proyecciones populistas parecidas. Es en estas décadas que empiezan a activarse los grupos de derecha radical, los tradicionales y los que reclaman una nueva presencia: la nueva derecha. Esta tendencia cobra visibilidad con Ronald Reagan, en tanto se trataba de un movimiento populista desde el punto de vista ideológico, que enarbolaba ideas como las de que «no se pueden controlar las armas», «no se puede legalizar el aborto» y otras, que plasmaban la idea de la amenaza. Ese esquema lo haría suyo el *Tea Party* y de alguna manera está presente en el fenómeno Trump¹⁴.

También el rechazo a los inmigrantes se inserta en las visiones populistas sobre lo que se considera como el pueblo norteamericano. No se trata de un asunto solamente económico, en lo que respecta al desplazamiento de la fuerza de trabajo y sus

¹⁴ Martin Eiermann, “How Donald Trump fits into the history of American populism”, in *New Perspectives Quarterly*, Vol. 33, Issue 2, May, Los Angeles, 2016.

resultados sobre el empleo, las remesas y otros efectos correlacionados. El control fronterizo de inmigrantes no es una idea festinada. La esencia de la política de construcción de un muro es una expresión simple de una reforma migratoria dirigida a reducir la entrada de latinos y ciudadanos de otras procedencias, considerados hostiles a la sociedad estadounidense, como los musulmanes. El objetivo de tal política es frenar o atenuar la ruptura de elementos fundamentales de la identidad nacional de Estados Unidos, establecida no solo por los padres fundadores, sino por los pioneros que iniciaron la construcción de ese país. Como resultado de la entrada masiva de inmigrantes desde América Latina y otras regiones, los Estados Unidos han ido modificando la composición de su población --de forma más acentuada en unas ciudades y estados que en otras-- en cuanto a su composición racial, étnica, religiosa y hasta en el idioma, como ha sucedido, por ejemplo, en casos como los de California y Nueva York.

La concepción del pueblo que sostiene el populismo norteamericano, al estilo de lo que plantea Trump, no incluye a toda la ciudadanía estadounidense, ni siquiera a la mayoría. Se trata de una mirada excluyente, elitista, racista, como la sugerida por Samuel P. Huntington en *Who are We?*¹⁵

Trump y su gobierno han sido exponentes de la oligarquía financiera, cuya orientación nacionalista, chauvinista, ha utilizado instrumentos, discursos y procedimientos

que pueden ser asociados al populismo tradicional norteamericano como parte de su arsenal para el logro de sus objetivos¹⁶. Es la tendencia que Walter Russell Mead ha calificado como “nacionalismo jacksoniano”, que se nutre de la fuente populista que aportó Andrew Jackson en el siglo XIX, que perdura y resuena con estridencia bajo el gobierno de Trump, tal vez el primero o el único, pero cuyos alcances en la cultura política norteamericana y en el imaginario popular encuentran eco, a pesar del generalizado cuestionamiento y rechazo que, al mismo tiempo, provoca. En este sentido, no es descartable que más allá de los resultados electorales de 2020, con Trump o sin él, pueda permanecer en la sociedad estadounidense esa tendencia populista, mezclada con la derecha radical, el conservadurismo tradicional y el renovado, en una matriz que mantiene viva una ideología con ribetes fascistas.

BIBLIOGRAFÍA

Almanza Pérez, Rosa María, “El populismo de extrema derecha en los Estados Unidos de la era Trump: De la democracia sin rostro a la reacción identitaria”, en *ACFS (Anales de la Cátedra Francisco Suárez)*, Revista de Filosofía Jurídica y Política, Vol. 53, Universidad de Granada, Granada, 2019.

Eiermann, Martin, “How Donald Trump fits into the history of American

¹⁵ Samuel P. Huntington, *who are We? The Challenges to America's National Identity*, Simon & Schuster, New York, 2004.

¹⁶ Laura Raim, «La derecha alternativa que agita Estados Unidos», en *Nueva Sociedad*, n.º 267, enero-febrero, Buenos Aires, 2017.

- populism”, in *New Perspectives Quarterly*, Vol. 33, Issue 2, May 2016
- Fernández de Castro y Hazel Blackmore (coordinadores), *¿Qué es Estados Unidos?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.
- Fernández Tabío, Luis René, “Populismo, movimientos sociales y retórica de la descalificación”, en *Cuba Socialista*, (Revista teórica y política del CCPCC), La Habana, No. 4, enero-abril, La Habana, 2017.
- Friedman, Max Paul, *Rethinking Anti-Americanism. The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*, Cambridge University Press, New York, 2012.
- Hernández Martínez, Jorge, “Estados Unidos y el antinorteamericanismo: identidad cultural y seguridad nacional”, en Marco. A Gandásegui, hijo (Coordinador), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO/Siglo XXI Editores, México, 2017.
- Hermet, Guy, “El Populismo como concepto”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. XXIII, núm. 1, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2003.
- Smith, Peter H., “Democracy in Latin America: Political Change in Comparative Perspective”, in [Foreign Affairs No. 84, Vol. 5, January, Council on Foreign Relations](#), New York, 2005.
- Huntington, Samuel P., *Who are We? The Challenges to America’s National Identity*, Simon & Schuster, New York, 2004.
- Marx, Carlos, “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas en Tres Tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, Tomo I.
- Laclau, Ernesto, *La razón populista*, fondo de Cultura Económica, México, 2005.
- Lenin, V.I., “¿Qué hacer?”, en V.I. Lenin, *Obras Escogidas en Tres Tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1961, Tomo 1.
- Olsen, Henry, “Populism, American Style”, in *National Affairs*, Summer, 2020, <https://www.nationalaffairs.com/publications/detail/populism-american-style>
- Raim, Laura, “La derecha alternativa que agita Estados Unidos”, en *Nueva Sociedad*, n.º 267, enero-febrero, Buenos Aires, 2017.
- Shils, Edward, *The Torment of Secrecy*, The Free Press, New York, 1956.
- Zardoya Loureda, Rubén, “Populismo, movimientos sociales y retórica de la descalificación”, en *Cuba Socialista*, (Revista teórica y política del CCPCC), La Habana, No. 4, enero-abril, La Habana, 2017.

